

REVISTA DE ARAGON

SEMANARIO DE CIENCIAS, LETRAS, ARTES É INTERESES GENERALES.

PUNTOS DE SUSCRICION.

ZARAGOZA: En la Redaccion y Administracion, *Centro Periodístico*, Cinegio, 5, esquina á la calle de los Estébanes, bajo; en La Bandera Española, Coso, núm. 62, y en las librerías de la señora viuda de Heredia, Bedera, Sanz, Francés, Osés y Menendez.—HUESCA: Librería de don Jacobo María Perez.—TERRUEL: Administracion de *El Turolense*.—MADRID: Librería de D. Mariano Murrillo, Alcalá, 18.—BARCELONA: Sres. Teixidó y Parera, Pino, 6.—ATECA: D. Demetrio Ortega.—CALATAYUD: D. Florencio Forcén.

Los anuncios, avisos y reclamaciones se reciben en la Redaccion y Administracion.—Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá expresamente al Director de la REVISTA DE ARAGON, D. Mariano de Cavia, en dicho Centro ó en su domicilio, Pino 2, 2.º

PRECIOS DE SUSCRICION.

	TRIMESTRE.	SEMESTRE.	AÑO.
En Zaragoza	8 rs.	15 rs.	28 rs.
En Madrid y provincias.	10 »	18 »	32 »

Números sueltos, quince céntimos de peseta.

PRECIOS DE ANUNCIOS.

	RELS.	RELS.
Una página entera en la cubierta	60	Cuarto de página 16
Media página	30	Octavo de id. 8
		Dieciseisavo de id. 4

En la última página de la REVISTA, á precios convencionales. Si el anuncio se inserta de tres á cinco veces seguidas, obtiene el precio una rebaja de quince por ciento; si de seis á ocho veces, una de veinticinco por ciento, y de nueve en adelante, una de cuarenta por ciento.

Los señores suscritores obtendrán en sus anuncios la rebaja del diez por ciento.

SUMARIO.

- I.—*Godofredo Rudel, príncipe de Blaye*, por D. Víctor Balaguer.
- II.—*Cuentos grises*.—*La Perla gris* (cuento gris perla), por don Mariano Sanchez Muñoz.
- III.—*La Audacia*, novela por Alfredo de Musset.—(Conclusion.)
- IV.—*Amor Telluris*, por D. German Salinas.
- V.—*Espectáculos, miscelánea y anuncios*, en la cubierta.

GODOFREDO RUDEL,

PRÍNCIPE DE BLAYE (1).

I.

Es el trovador de quien ha dicho el Petrarca que «empleó su vida en ir á buscar la muerte á vela y remo.»

Giaufre Rudel ch' usó la vela e 'l remo á cercar la sua morte....

Su vida es una leyenda, que la crónica provenzal de los trovadores cuenta en pocas líneas y con encantadora sencillez.

«Godofredo Rudel, príncipe de Blaye, dice, era un noble caballero, que se enamoró de la condesa de Trípoli sin haberla nunca visto, sólo por los elogios que de ella hacian los peregrinos al regreso de Antioquia, y compuso en su loor muchas canciones, de hermosa música aunque pobres de letra. El deseo de verla le hizo tomar la cruz y pasar la mar. Durante el viaje fué atacado de una enfermedad que puso en peligro su vida, y los que iban con él, al llegar á Trípoli, le condujeron casi moribundo á una posada, poniéndolo en noticia de la condesa, que corrió en seguida á la cabecera de su lecho y le abrazó. Cuando Godofredo recobró los

(1) Es un capítulo, inédito aún, de la *Historia política y literaria de los Trovadores* (tomo IV), que viene á añadir nuevos y grandes quilates al reconocido mérito del Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer. El autor ha favorecido á la REVISTA DE ARAGON con las primicias de este y dos capítulos más.

sentidos y se vió en los brazos de la condesa, dió gracias á Dios de que le hubiese conservado bastante tiempo la vida para verla, muriendo así, en los brazos de la condesa, que le hizo sepultar honrosamente en la casa de los templarios de Trípoli y que, en seguida, aquel mismo día, entró en un convento impulsada por el dolor que le causó su muerte.»

Esta es la narracion, que no debe rechazarse porque está dentro de las costumbres de aquel tiempo y porque la realidad de ella está confirmada: primero por lo que se desprende de las poesias del mismo trovador dirigidas á una dama que no conoce y de quien sólo ha oído alabanzas, y despues por los relatos contemporáneos.

Hay con referencia á este hecho una bellisima poesia moderna del célebre poeta alemán Enrique Heine, que pruebo á traducir:

GODOFREDO RUDEL Y MELISENDA DE TRÍPOLI.

«Colgados de los muros véense en el castillo de Blaye los tapices que en otro tiempo bordó la condesa de Trípoli con la industria de sus manos.

»Dejó bordada allí toda su alma, en aquellos cuadros de sedas que bañó con llanto de amor y que representan esta escena:

»La condesa halla á Rudel moribundo en la playa y reconoce al punto en sus facciones el ideal de sus sueños de amores;

»A su vez, Rudel vé en ella por primera y última vez á la dama cuya imágen tantas veces se le presentára en sueños;

»La condesa se arroja sobre el caballero, le abraza con ternura y besa aquellos lábios cárdenos ya por la proximidad de la muerte, aquellos lábios que tan dulcemente la cantáran.

»¡Ay! El beso de bienvenida es á la vez el beso de despedida. Apuraron de una sola vez la copa de la felicidad suprema y del dolor más vivo.

»Cada noche, en el castillo de Blaye, se perciben sordos ruidos, confusos murmullos, rumores mis-

teriosos, y, de repente, las figuras bordadas en los tapices, cobran vida.

»El trovador y la dama desperezan sus miembros de fantasmas aletargados por el sueño: saltan del muro, van y vienen por los salones.

»Cuchicheos secretos, graciosos discreteos, dulces y melancólicas intimidades, galantería póstuma del tiempo de los cantores del amor.

—»Godofredo, mi corazón muerto resucita á tu voz. De las cenizas, há tanto tiempo apagadas, brota todavía una centella.

—»Melisenda, dicha y flor de mi vida, al mirarte vuelvo á vivir. No murieron en mí más que la tormenta humana y el sufrimiento terrestre.

—»Godofredo, un tiempo nos amamos en sueño. Hoy hasta en la muerte nos amamos. El Dios Amor ha hecho este milagro.

—»Melisenda ¿y qué es el sueño? ¿qué la muerte? Palabras vanas nada más. La verdad está sólo en el amor, y yo te amo eternamente, hermosa paloma mia.

—»Godofredo, ¡cuán dulce es estarse aquí á la luz de la luna! Quisiera no ver jamás el día ni los rayos del sol.

—»Melisenda, amada mia, el sol y la luz eres tú; de tus huellas nacen flores, bajo tus plantas florece siempre la primavera, y por doquier vas esparciendo delicias de amor, delicias de mayo.

»Así discurren, hablando así van de aquí para allá los dos lindos fantasmas, mientras un rayo de la luna los contempla á través de la ventana.

»Pero llega el primer albor de la mañana y pone en fuga á la encantadora pareja, que retorna enojada á los tapices que cuelgan de las paredes.»

A esta leyenda, á estos amores, á este viaje se reducen todas las noticias que se tienen tocante á la vida de Godofredo Rudel.

De cuantos trabajos se han hecho resulta sólo que el trovador perteneció á la familia de los condes de Angulema, uno de cuyos miembros, llamado Godofredo Rudel, era por los años de 1050 príncipe de Blaye, en Saintonge, á orillas del Garona. Un descendiente de éste es el trovador que por los años de 1170 hubo de ser el héroe de la referida aventura. En cuanto á la condesa de Trípoli, no pudo ser otra que Melisenda, hija de Ramon I, conde de Trípoli, según las acertadas y hasta ahora no combatidas investigaciones hechas por Millot. La princesa Melisenda había sido solicitada en matrimonio por Manuel, emperador de Constantinopla, que luégo la rehusó, siguiéndose de esto una guerra. Esta afrenta debió hacer hablar mucho de ella, haciendo sin duda resaltar sus cualidades. Los elogios de los peregrinos cautivados por sus bondades, inflamaron la imaginación viva del trovador, que se decidió á emprender el viaje.

Estos son los fundamentos únicos en que se apoya la leyenda.

II.

Del corto número de poesías que de Godofredo Rudel nos quedan, cinco hacen alusión á otros amores, y sólo dos evidentemente se refieren á esta pasión, inspirada por su desconocida condesa de Trípoli que le llevó á la muerte.

Hé aquí lo que hay de más notable en la que tiene más íntima relación con el suceso.

«Amo á una dama á quien no he visto nunca, á quien no he podido explicar mis sentimientos ni pedir la explicación de los suyos: pero sé que, entre todas las bellezas sarracenas, judías ó cristianas, no hay ninguna que la iguale...

»Cada noche me duermo pensando en ella, y mis deliciosos sueños me presentan su encantadora imagen; pero ¡ay! el despertar disipa esa ilusión, y sólo abro los ojos para saber que me es imposible verla. Entónces es cuando recuerdo que habita en una tierra extranjera y que un espacio inmenso me separa de ella. Yo salvaré ese espacio...

»¿Cómo no ha de ser feliz mi viaje si Amor me guía? La que adoro me verá llegar á sus piés con un bordon de peregrino y un traje de paño burdo. ¡Ay! ¡Si por amor de Dios se dignaba darme hospitalidad en su palacio....!

»Faltará sólo á mi dicha ser prisionero entre los sarracenos. Estaré más cerca de los lugares que la poseen. ¡Oh Dios mio! trasportadme á sus jardines ó á su cámara. Haced al ménos que la vea....

»Estoy decidido, voy á partir. Sólo una cosa le pido á Dios: ¡que no muera sin saber que ella ha tenido noticia de mi amor y de lo que este me ha hecho emprender por ella!

»Mi canción la instruirá de todo á mi llegada. La haré cantar mis versos por un intérprete, pues los escribo en *lengua romana*. Si despues de esto, no es ella sensible á mi amor, tendré motivo para creer que me han hechizado.»

Es de notar esta alusión á los encantamientos y hechizos: el original dice *mal me faderon mey pairi*, lo cual parece que debe traducirse *me hechizaron mis padres*.

La otra composición de Rudel, que alude evidentemente á estos amores, pertenece al género aquel que con tanto artificio se complacian en hacer los trovadores.

Puede dar una idea de ella, reproduciéndola en la forma original para mostrar el artificio de la rima, la siguiente traducción:

Ni mi hogar ni mi pátria olvidaré
aunque de ellos me aparte amor lejano;
á verlos ya tal vez no volveré,
que me arrastra el amor á país lejano.

Dios, que mis penas y mis goces vé
y ha dado origen á ese amor lejano,
sostenga mi valor y déme fé,
que está mi vida en ese amor lejano.

Constante en vida y muerte yo seré
á ese amor que me abrasa, aunque lejano,
y su fuego sagrado sostendré
ya esté cerca de mí, ya esté lejano.

Nunca de amor alguno gozaré
si no disfruto de ese amor lejano,
ni más bella mujer nunca hallaré
ni aquí en mi hogar, ni en otro hogar lejano.

Otras poesías de Godofredo Rudel aluden á amores antiguos, á relaciones anteriores á la época en que los relatos de los peregrinos le inspiraron su violenta pasión por la condesa de Trípoli.

En una prefiere el invierno á las demás estaciones, porque es cuando se le presenta ocasión de ver á su amada, sin que necesite entónces del buen tiempo, pues en torno de ella hay una primavera eterna.

En otra, la vuelta de la primavera le excita á cantar:

«La naturaleza toda me dá un ejemplo que quiero seguir. Los árboles, cubriéndose de hojas y frutos, me invitan á adornarme con mis mejores vestidos. A la vista del ruiseñor, que acaricia á su fiel compañera, que halla en sus miradas tanto amor como le dá, que canta tan melodiosamente sus tiernos amores, siento que pasa á mi alma toda la alegría que les anima y siento mi corazón abrasado por los mismos fuegos que en ellos arden....»

»¡Oh pájaros felices, á vosotros os está permitido decir lo que sentís, mientras que yo, obligado por leyes que vosotros no conocéis, no me atrevo á hablar á aquella á quien amo! Pero quiero por fin romper el silencio. Iré á verla y le rogaré que acepte mis servicios....»

»Gracias te sean dadas, Amor. Me ha oído, ha aceptado mis votos, me llama junto á ella, y no me prohíbe esperar.»

No se muestra tan esperanzado por cierto en otra composición que comienza con esta bella estrofa:

Pro ai del cant ensenhadors
entorn mi et ensenhairitz,
pratz e vergés, albres e flors,
voutas d' anzels e lais e critz
per lo dous terminis suau
qu' en un petit de jos' m' estau,
don nulh deport no 'm pot jauzir
tan cum solats d' amor valen.

«Bastantes maestros para el canto tengo á mi lado y bastantas discípulos también, pues que prados y vergeles, árboles y flores, gorjeos de aves y voces encantadoras celebran una alegre primavera que viene á reanimar mis sentidos; pero mi corazón sólo es sensible á las alegrías del amor.

»Y, sin embargo, estoy privado de sentir las. Que los pastores se alegren con sus caramillos y los niños con sus tamborcitos. Yo no me alegraré hasta que satisfecho se halle el amor que en mi pecho arde.

»Conozco una belleza que reúne todos los encantos imaginables, pero recompensa mal los servicios que se le hacen, los servicios que le rinden. Sufro mucho no pudiendo obtener lo que mi corazón desea.—¡Está tan lejos el castillo que ella habita!

»Envidio la suerte de sus vecinos más que la de elevados barones. Con sólo verla son felices sus vasallos....»

»Ella conoce mis sentimientos y es sensible; hé aquí lo único que sostiene mi esperanza. Noche y día mil tiernos pensamientos me arrastran hácia su plácida mansión. Cuando regrese, me dirá: Mi dulce amigo, nuestros envidiosos mueven tal ruido con nuestros amores, que será difícil imponerles silencio é impedir que turben nuestra dicha.»

Las otras composiciones de Godofredo Rudel son poco importantes, reina en ellas la misma oscuridad que en la que acaba de leerse, tienen algo de verdaderamente ininteligibles, y, á juzgar por ellas se vé que estaba en lo cierto su biógrafo provenzal al decir que la letra era de poco mérito, aunque en cambio era la música excelente.

El autor, sin embargo, estaba seguro de hacer sus obras á conciencia, pues dice en una de ellas:

«Es una dicha para mis canciones el que yo no me haya engañado en nada, y que todo esté hecho con conciencia. Quien las aprenda de mí, procure no cambiar nada.»

E selh que de mi l' apenrá
gnartsí que res no mi cambi.

VÍCTOR BALAGUER.

CUENTOS GRISES.

III.

LA PERLA GRIS.

(CUENTO GRIS PERLA.)

¡Nacemos entre lágrimas...!
¡Felices si entre lágrimas morimos!

La tristeza tiene algo de bello, y cuando podemos decir «nuestra tristeza» hasta encuentro en ella algo de dicha.

Que son las lágrimas, ó gotas de rocío, ó raudal de fuego: queman ó purifican, matan ó consuelan.

Para todos han sido agua de esperanza, pero para casi todos huellas de remordimiento.

Húbose un rey á quien las lágrimas molestaban, ¡Pobre rey! Y prohibió el llanto en sus dominios; quería que no llorasen sus súbditos y les había dejado el corazón.

Terribles penas imponía á los que lloráran y sin embargo lloraban.

Espantosos castigos á los tristes como encubridores, y sin embargo había tristes; preludios de lágrimas.

Echólos del reino y sin embargo lloraron algunos de los que quedaron.

Entregó al verdugo á aquellos y lloraron los otros.

Y hubiera concluido con los otros, y hubiera llorado él, al verse sólo y sin vasallos, hasta que, viendo lo imposible de su empeño, mandó construir una gran cisterna donde era preciso ir á llorar: quiso recoger las lágrimas en un solo lugar por no hallar, en todos los sitios donde ponía la planta, lágrimas de hoy, ya que las de ayer han anegado tantas veces al mundo.

Difícil era también el empeño; pero con trabajo y constancia llegó á conseguir que vinieran á llorar sobre la cisterna todos los que llorar necesitasen.

Grande era la cisterna, pero tuvo que centuplicarse pronto su tamaño, y aun así, creo que pequeña hubiera sido si el rey no hubiera cejado en su raro empeño.

En granito estaba labrada y de diamantes eran sus bordes, pero el granito se encendía y los bordes se gastaban.

Anchos eran los caminos que á ella conducían y las gentes no podían pasar, y se apretaban y empujaban, como anhelantes de llegar; tal, sin duda, era la necesidad que tenían.

Oscuro y lejano el sitio, y siempre estaba lleno el círculo de sus márgenes y atestados los senderos que á ella llevaban.

Llevó el rey cuidadoso registro y todos los vasallos de su reino habían ido á la cisterna de granito.

Y á medida que las aguas de la cisterna aumentaban empezóse á distinguir la gran diferencia de los elementos que la componían.

Habíalas sorsoradas y ligeras, casi lágrimas ó casi gotas de agua, bellas, que producían la sonrisa.

¡Raro contraste que explica una sola cosa; que el hombre llora en todos los actos de su vida en que toma parte el corazón!

Más claro: el lenguaje del corazón son las lágrimas.

¡Pobre humanidad: siempre llora!

¡Dichoso el hombre: él solo llora!

Habíalas opacas, que sólo eran lágrimas porque las vertieron los ojos.

Y los ojos sin razón las vertieron, sólo porque sin por qué del corazón salieron, y al corazón no vuelve lo que del corazón sale.

Y habíalas rojas, casi negras, que cada una representaba una vida, y sólo el verlas, sin vida dejaba.

No se mezclaron nunca las unas con las otras; estaban en la misma cisterna, y sin embargo las unas eran grandes como el mundo, y las otras miserables como la culpa.

Todos los días aumentaba el caudal de la cisterna, y un mar de lágrimas había encerrado en el recipiente de granito.

No se mezclaron nunca, como dejó dicho, pero sin embargo permanecían juntas; todas eran lágrimas, en todas había algo de dolor, algo de pena y mucho de sentimiento.

Llegó un día en que cayeron en la cisterna muchas lágrimas.

Y sus compañeras las lágrimas ya vertidas no conocieron en ellas á sus compañeras.

Venia de verterlas un sér que la fama por feliz aclamaba.

Y las vertió sonriendo, y se marchó cantando.

Y las lágrimas eran brillantes, puras, llenas de encantadora transparencia.

No llevaba en su seno el ¡ay! que las caracteriza, ni el suspiro que las distingue.

Entraron en la cisterna de las lágrimas como extranjeras en aquel lugar de dolor.

Ni aun siquiera se mezclaban con las del niño, que llora al nacer.

Estuvieron solas, entre las suyas, y siempre fueron *ellas* en medio de todas.

Levantóse atronador murmullo entre las lágrimas que la cisterna contenía.

Las rechazaban unas, pues de penas provenían, y no las admitían las otras, pues con sonrisas las vertieron.

Eran mucho más pequeñas que el mundo, y mucho más grandes que la culpa.

Provenían del dolor y encerraban ventura.

Eran las únicas lágrimas que se lloran con dolor, en medio de la felicidad.

Creció el murmullo y prodújose fuerte tumulto.

Reunieron las unas y las otras y determinaron lanzarlas de su compañía.

Nadie las reconocía, pues un solo sér las vertió, y ningún otro las ha vertido después en aquella cisterna.

Cogieronlas con frenética desesperación y las echaron á los mares.

El mar rugió majestuoso con tan inesperado presente.

Paró su movimiento continuo y las admiró.

Estuvieron en medio de sus aguas y allí todavía aparecían más brillantes.

Y las gotas del mar una á una vinieron á verlas y á rendirlas tributo.

Disemináronse las aguas de los mares y contaron el portento que encerraban en las conchas sus amigas eternas.

Las conchas envidiaron á las aguas el conocimiento de las lágrimas;

Y todas querían encerrar en su seno la belleza del dolor y el contraste de la ventura.

Disputáronse tenazmente esa dicha y eligieron la más discreta, es decir, la más cerrada, para que guardara aquel tesoro.

Colocaron la concha con él en el hueco de una roca, donde el coral crecía.

Eligieron las gotas más puras de las aguas de los mares para que bañaran la concha feliz.

Y la concha durmió muchos siglos con las lágrimas en su seno.

Y los corales crecieron á su alrededor y cubrieron á la concha.

Y las aguas buscaron arenas de oro que sobre los corales pusieron.

Y por encima volvieron á circular las gotas elegidas entre las más puras.

Y encima de aquellas aguas estrella protectora deramó su pálida luz.

.....

Pasaron los tiempos, y barca atrevida cruzó por las aguas del mar, compuestas de purísimas gotas.

Y mano inhumana desalojó las arenas de oro.

Y arrancó encantador coral.

Y cogió concha feliz.

Abrió arca discretísima y robó á los mares amantes perla gris, antes lágrimas de dolor y ventura.

El mar bondadoso concedió á sus huéspedes de siglos el título de perlas.

Pero la perla eran solo lágrimas y conservaban su color, *mitad dolor y mitad ventura*.

.....

Llevo el codiciado tesoro al rey, sucesor del rey de la cisterna.

Conservábase en los archivos la historia de las lágrimas arrojadas al mar.

Y conocióse en la gris perla, las víctimas de su soledad, en la cisterna de granito.

Nunca antes pudo saberse de dónde provenían lágrimas tan únicas.

Y el rey quiso averiguar si todavía había en su reino quien vertiera lágrimas grises, *mitad dolor y mitad ventura*.

Publicáronse edictos llamando á poseer la perla gris.

—Todos los que lloran, venid á mí; dijo el rey.

»El que llegue á verter lágrimas grises será el dueño de la perla.»

Todos acudieron y presentaron sus lágrimas.

Las tiernas del niño al nacer; pero eran blancas.

Las dulces del niño al desear y no conseguir; pero eran también casi blancas.

Las que vierte la alegría de la esperanza realizada; pero eran sonrosadas.

Las de la esperanza eterna; pero eran de oro.

Las de la ira; pero eran rojas.

Las de la envidia; pero eran negruzcas.

Las de la pasión; pero eran azuladas.

Las del triunfo; pero eran de plata.

Las de los celos; pero eran azules.

Las de la desesperación; pero eran negras.

Y presentáronse muchas y muchas más, y sin embargo no se encontraron las lágrimas grises, *mitad dolor y mitad ventura*.

Ya la asamblea iba á disolverse; ya no había nadie que á la perla aspirara, y de repente se levantó una sombra que nadie pudo conocer.

—Yo también he llorado y no han sido mis lágrimas sin pena, pero tampoco han sido sin ventura.

Tembló el auditorio.

—Explicaos, dijo el rey.

Y la sombra no osaba decir más.

Pero lloró.

Sus lágrimas eran grises.

—Suya es la perla, dijo el auditorio.

—Mia es, pues de mis lágrimas se ha formado; y hoy lloro de ventura, pues mis penas de ayer se deshicieron y mis venturas se realizaron.

»Lloro, continuó la sombra, AUSENCIA y CONSTANCIA. Pero la ausencia pasa y la constancia vence.»

Colgó el rey del cuello de la sombra la perla gris. Y la perla y la sombra viven todavía, solamente que la sombra no se distingue, y sus lágrimas en forma de perla nos llenan de admiración.

Una perla gris dice dos palabras.

AUSENCIA y CONSTANCIA: *mitad dolor y mitad ventura.*

MARIANO SANCHEZ-MUÑOZ.

Biarritz, 26 de Diciembre de 1869.

LA AUDACIA.

NOVELA POR ALFREDO DE MUSSET.

(CONCLUSION.)

Excusado es decir que, después de arreglado el negocio, no le quedó á Croisilles un solo céntimo. Como su casa estaba vendida y el dinero lo había invertido totalmente en la compra de telas, no le restaban ya más bienes que el traje que llevaba puesto.

Su buen criado no podía suponer que el atolondrado joven se hubiese reducido á tamaña estrechez. Por otra parte, Croisilles se guardó bien de decírselo, no por exceso de orgullo, sino por sobra de indiferencia. Adoptó el partido de dormir á la luna de Valencia, y en cuanto á la comida, hizo el cálculo siguiente para procurársela: supuso que el navío que llevaba á bordo toda su fortuna tardaría en volver unos seis meses al Havre, y vendió, no sin pesar, un reloj de oro que su padre le había regalado y que por fortuna conservaba. Diéronle por él treinta y seis francos; con ellos tenía para vivir seis meses, gastando unos ocho cuartos diarios. Croisilles creyó que ya tenía bastante, y seguro del presente, escribió sin tardanza á su amada informándole de lo que había hecho; pero sin manifestarle su apurada situación; antes al contrario, diciéndole que había emprendido un magnífico negocio, de resultados tan seguros como inmediatos. Hizole saber cómo *La Flor de Lis*, navío de ciento cincuenta toneladas, llevaba hácia el Báltico sus telas y sederías, y la suplicó que permaneciese fiel durante un año, al término del cual la pediría por esposa, que él por su parte guardaría firme y constante el amor jurado.

Cuando la señorita Godeau recibió esta carta, hallábase junto á la chimenea de su cuarto, y tenía en la mano, á guisa de abanico ó pantalla, uno de esos boletines que se imprimen en los puertos para marcar la entrada y salida de los navíos y anunciar al propio tiempo los desastres marítimos. Jamás le había sucedido, como es natural, interesarse por semejantes cosas y jamás se había ocupado en leer aquellas hojas; pero la carta de Croisilles la movió á leer el boletín que tenía en sus manos. El primer nombre que detuvo sus miradas fué precisamente el de *La Flor de Lis*. El navío había encallado en las mismas costas de Francia á la noche siguiente de su partida; la tripulación y pasajeros habíanse salvado á duras penas, pero el cargamento se había perdido enteramente.

Al tener noticia del hecho, la señorita Godeau no recordó que Croisilles le había manifestado lisa y llanamente su pobreza; desconsolose como si se hubiera tratado de millones perdidos; en un instante se presentaron á su imaginación los horrores de una tempestad, los vientos desencadenados, los lamentos de los naufragos, la ruina de un hombre que la amaba,

toda una escena de novela, en fin; el boletín marítimo y la carta de Croisilles cayéronsele de las manos, se levantó agitada por extraordinaria turbación, á punto de romper en llanto, y empezó á pasearse por su habitación preguntándose á sí misma cómo debería obrar y resuelta á tomar una determinación.

Cuando son más fuertes, sencillas, claras é incontrastables las causas contrarias al amor, ménos lógico y sensato se muestra éste. Tanto más se ama cuanto más obstáculos encuentra la pasión. Entre las pocas cosas buenas que hay bajo la capa del cielo, es una de ellas este desvarío del corazón; sin él—créanme ustedes—valdríamos bien poco. Después de haberse paseado por el gabinete, sin olvidar por supuesto el indispensable abanico ni la consabida ojeada al espejo, Julia dejóse caer en la poltrona. Quien la hubiera visto en este momento, hubiese gozado de un lindo espectáculo: brillábanle los ojos, ardíanle las mejillas; lanzó, por fin, un profundo suspiro y murmuró con un acento que expresaba á la par dolor sincero y deliciosa alegría:

—¡Pobre muchacho! Se ha arruinado por mí.....

Aparte de la fortuna que había de dejarle su padre, Julia poseía los bienes que de su madre había heredado. Nunca había pensado en ellos; en este instante, por primera vez en su vida, recordó que podía disponer de quinientos mil francos. Este pensamiento hizole sonreír; y formó en su fantasía un proyecto extravagante, audaz, completamente femenino, digno del mismísimo Croisilles. Le dió vueltas y más vueltas durante un rato y por fin decidióse á ponerlo por obra.

Comenzó Julia por averiguar si tenía Croisilles algun pariente ó allegado. La doméstica entró bien pronto en campaña y no tardó en descubrir, después de recorrer todos los escondrijos de la ciudad, en el cuarto piso de una casa á cierta tia del intrépido mancebo, medio baldada, que no se movía apenas de un sillón y que no había pisado la calle en cuatro ó cinco años. Esta pobre mujer, ya de edad muy avanzada, parecía estar en el mundo como una muestra de las miserias humanas. Ciega, medio sorda, casi paralítica, vivía sola en un granero; pero un buen humor natural, más fuerte que los infortunios y las enfermedades, la sostenían á los ochenta años y hacíanle amar la vida; sus vecinos nunca pasaban por delante de su puerta sin entrar á visitarla, y las cancioncillas retozonas que tarareaba eran repetidas alegremente por las muchachas del barrio. Disfrutaba la anciana una pequeña renta vitalicia que bastaba á su sustento. Durante el día hacia calceta, y en cuanto á lo demás, ignoraba enteramente lo que había pasado en el mundo después de la muerte de Luis XIV.

A casa de esta respetable dama fué donde Julia se hizo conducir en secreto. Se adornó para el caso con todo género de galas; encajes, plumas, cintas, diamantes, nada escaseó en su tocado la joven millonaria. Quería seducir, y sedujo, más que por su hermosura, por el capricho mismo que la impulsaba. Subió, pues, la escalera empinada y oscura que conducía á la habitación de la anciana, y después de un saludo graciosísimo, le habló de esta manera, poco más ó ménos:

—Teneis, señora, un sobrino que se llama Croisilles, que me ama y que ha pedido mi mano; yo le amo también y quisiera casarme con él; pero mi padre, que es el Sr. Godeau, asentista general de esta ciudad, se opone á nuestro matrimonio porque vuestro sobrino no es rico. Por nada en el mundo quisiera ser ocasion de un escándalo ni tampoco de disgustar á nadie; de ningún modo, ni aun en pensamiento, dispondría de mí sin consentimiento de mi familia. Para conciliarlo todo, vengo á pedir os un favor que sin duda me otorgareis; conviene que vos misma vayais

á proponer á mi padre este casamiento. Gracias á Dios, tengo una fortuna regularcilla que está á vuestra disposicion. Cuando os plazca, tomáis quinientos mil francos que tiene mi notario, y decís que esta suma pertenece á vuestro sobrino; y es la verdad, pues para él ha de ser, no porque yo quiera regalársela, sino porque debo satisfacer una deuda, puesto que yo he sido causa de la ruina de Croisilles. Mi padre no cederá fácilmente; preciso será que insistáis y tengáis un poco de valor; por mi parte haré todo lo que pueda. Como nadie en el mundo tiene derecho sobre esta suma más que yo, nadie sabrá nunca de qué modo ha pasado á vuestras manos. Ya sé que no sois rica y que podeis temer que alguien se asombre de veros dotar con tanta esplendidez á vuestro sobrino; pero pensad que mi padre no os conoce, que apenas os dejais ver en la ciudad, y que por consiguiente, os será fácil fingir que volveis de cualquier viaje. Algo os costará sin duda dar este paso; será menester abandonar el sillón y sufrir algunas molestias; pero hareis dichosos á dos seres... Si alguna vez habeis conocido los sentimientos del amor, espero que no os negareis á mis súplicas.

Durante este discurso, la buena mujer se habia mostrado sucesivamente sorprendida, inquieta, enternecida, y, por fin, extasiada. Las últimas palabras acabaron de persuadirla.

—Sí, hija mia, repitió varias veces, sé lo que es el amor... Vaya si lo sé...

Al hablar de esta suerte, hizo un esfuerzo para levantarse. Sus débiles piernas la sostenian con trabajo; Julia adelantóse rápidamente y le tendió la mano para ayudarla, cuando por un movimiento involuntario se encontró la una en los brazos de la otra. La alianza quedó acordada; un cordial abrazo la selló de antemano y sin esfuerzo alguno vinieron enseguida todas las confidencias necesarias.

Dadas estas explicaciones, la tia de Croisilles sacó de su armario un venerable traje de tafetan, que fué en lejanos tiempos su traje de boda. Esta antigualla tendria sus cincuenta años bien cumplidos; pero ni una mancha, ni un grano de polvo habian estropeado el vestido en cuestion. Julia lo vió y lo admiró. Enviaron enseguida á buscar un coche de alquiler, el mejor que se encontrase en la ciudad. La anciana preparó la arenga que debia endilgar al rico asentista; Julia le manifestó qué resortes era preciso tocar para conmover á su padre, y no tuvo inconveniente en confesar que la vanidad era su punto flaco.

—Si lograis imaginar, añadió la joven, algun medio que halague esta inclinacion de mi padre, hemos ganado la partida.

La tia de nuestro héroe reflexionó profundamente, acabó de vestirse sin decir una palabra, dió un apretón de manos á su futura sobrina, y subió al coche. No tardó en llegar á casa del Sr. Godeau, y al entrar en ella, supo eruirse tan bien, que parecia haber rejuvenecido diez años lo ménos. Atravesó majestuosamente el salon aquel donde Julia habia dejado caer el ramillete, y cuando se abrió la puerta del despacho, dijo con voz firme al lacayo que le precedia:

—Anunciad á la baronesa viuda de Croisilles.

Esta frase decidió la dicha de los dos enamorados. El ricachon quedó desvanecido, y aunque los quinientos mil francos no le parecieran gran cosa, consintió en todo por hacer baronesa á su hija. La muchacha lo fué. ¿Quién le habia de disputar el título? Por lo demás, crean ustedes que lo tenia bien ganado.

AMOR TELLURIS

CANTO PRIMERO.

I.

Cansado de bogar por el vacío,
De opacas sombras y fantasmas lleno,
Víctima del fantástico extravío
Que hizo saltar de la razon el freno,
¡Oh madre Tierra! el pensamiento mio
Vuelve otra vez á tu fecundo seno
Como retorna el ave pasajera
Al nido de su pátria que le espera.

II.

Tú la sustancia de tu propio barro
En darme sin usura te conformas,
Y de mi tronco atlético y bizarro
Inmortalizas las severas formas;
Despues, sujeta á tu glorioso carro,
Desenvuelves, agitas y trasformas
En fases várias mi sustancia misma
Como los rayos al través de un prisma.

III.

La brisa que murmura en tus montañas
Me dió más tarde vividor aliento,
El fuego que serpea en tus entrañas.
Ornó mi corazon de sentimiento,
La viva claridad en que te bañas
De escrutador y agudo entendimiento
Y, por fin, de razon la eterna lumbré
Que irradia de los cielos la techumbre.

IV.

Y á pesar que á tus dones infinitos
Respondió con desvío mi jactancia,
Acudiste solícita á los gritos
Primeros ¡ay! de mi doliente infancia;
Regalástemé en vasos esquisitos
Néctar de tan suavísima fragancia,
Que recordando su sabor de nuevo
Pienso que arroyos de ambrosia bebo.

V.

Tú mandas á la espiga nutridora
Que en rico grano mi desvelo pague,
Ordenas á la linfa bullidora
Que en su líquido humor mi sed apague,
Y á la pomposa vid que Baco adora
Que en sus sabrosos jugos me embriague
Cuando el febril delirio que me apena
La razon, como un loco me enajena.

VI.

Rizas en verde musgo el pavimento,
Donde reposo bienhechor disfruto;
Cubres de pompa el árbol corpulento
Que liberal me paga su tributo,
Cuando á mi mano el ímpetu del viento
Tuerce sus ramas que rebosan fruto,
Y á sujetarlas ávido me arrojo
Y de su dulce peso las despojo.

VII.

Mandas al escuadron de alegres flores
Que en impalpables átomos se exhalen,
Y en el aire esparciendo sus olores
A costa de su vida me regalén;
Que del Íris los múltiples colores
En sus hojas espléndidas señalen,
Vibrando tan hermosos reverberos,
Que dude si son flores ó luceros.

VIII.

Tú vistas con vellones las ovejas,
Y luego las ofreces á mi abrigo;
Haces hilar su miel á las abejas,
Y la guardas del zángano enemigo;
Mas á mi gusto saborearla dejas
Si con regueros de humo las hostigo
Y les secuestro el líquido tesoro,
Que precian más que el avariento el oro.

IX.

Y el pez que boga como alada nave,
El obediente y generoso bruto,
El siniestro reptil, la tímida ave,
El árbol rico en sazonado fruto,
El alba con su púrpura suave,
La noche arrebozada en negro luto,
Y la onda del arroyo cristalina
Que llorando al Océano camina.

X.

La densa nube que el azul empaña,
La atracción misteriosa del abismo,
La cima que corona la montaña
Y pretende escalar el cielo mismo;
El mar rugiente que sus talos baña
Mostrándome al través de su espejismo
Un mundo, de su seno en lo profundo
Más risueño y feliz que nuestro mundo.

XI.

Cuanto prodigio por distinto modo
Arrojas de la vida al pugilato,
Con mano liberal me ofreces todo;
Y yo á tus dones, como siempre ingrato,
Te juzgo valle de miseria y lodo,
Y cual madrastra, sin piedad te trato,
Y el desden de mi orgullo que te ultraja
Sobre mi frente de rechazo baja.

XII.

No nací, no nací, gritaba á solas,
Cual bruto innoble prosternado al suelo;
Quiero ceñir fulgentes aureolas,
Quiero emprender sobre la Tierra el vuelo,
Quiero mecerme en las etéreas olas,
Quiero llegar hasta el confin del cielo,
Y sondear con ánimo inaudito
El arcano que oculta lo infinito.

CANTO SEGUNDO.

XIII.

Y cruzo con tan rápida presteza
Por el espacio que ante mí se esplaya,
Que el vértigo trastorna mi cabeza
Y el corazón intrépido desmaya;
Sintiendo vacilar mi fortaleza
Busca mi vista la sonante playa;
Pero ¡ay! en el Océano sin medida,
¿Quién hallará la tierra conocida?

XIV.

Arrastrado al compás de la locura
Que me empuja gritándome: «Adelante,»
Cual ave que traspasa la llanura
Que en sus hombros sostiene el gran Atlante,
Logré arribar á tan remota altura,
Y á ver nuestro planeta tan distante,
Que parecía un punto reducido
En el fondo sin límites perdido.

XV.

Quedéme á su vision horrorizado
Y audáz mi ruta proseguí de nuevo,
Cual dragon escamoso provocado
Por las oscuras fauces del Erebo.
Luego, atraído por opuesto lado,
Con brio superior agito y muevo
Las alas de mi mente remadoras,
Cruzando siglos de distancia en horas.

XVI.

¿Visteis acaso la candente bala
Que con ronco y horrisono estampido
El hueco vientre del cañon exhala
Por la estallante pólvora encendido,
Que en rapidez vertiginosa iguala
Al rayo de las nubes desprendido,
Y llega á la distancia más remota
Extremeciendo el suelo donde bota?

XVII.

Pues con brio mayor y ligereza
De un mundo en otro mi carrera parte;
Aquí admiro de Vénus la belleza,
Allí la faz del tremebundo Marte,
De Júpiter la Olímpica grandeza
Que en dilatadas zonas se reparte;
El aspecto de Urano taciturno
Y el espléndido anillo de Saturno.

XVIII.

Más á lo léjos, contemplando estuve
La tempestad de fuego que vomita
El sol, á modo de rojiza nube
Que al condensarse trémula se agita;
Que ya á su centro se endereza y sube,
Ya contraria atracción la precipita,
Ya vá formando un orbe poco á poco
Al rededor de su expansivo foco.

XIX.

Allá moverse Océanos profundos,
Acá estenderse páramos desiertos;
Surgir por una parte nuevos mundos,
Estenderse por otra como muertos;
Unos la vida rebosar fecundos,
Otros sin vida por sus campos yertos,
Revolverse en continuo torbellino
Sin tropezar jamás en el camino.

XX.

Y especies mil de raros animales
Que sus lejanos orbes señorean,
Vastos rios, flexibles vegetales,
Que al mirarse en las ondas se recrean;
Y montañas de picos colosales
Donde los conos del volcan humean;
Lunas que vibran tibios resplandores
Templando de la noche los horrores.

XXI.

Y viviendas de humanas criaturas
De nobles almas y de acciones bellas,
Que en fuerzas nos esceden y estaturas
Cuanto á la tierra esceden las estrellas;
Más amorosas, cándidas y puras
Son allí, y ménos falsas las doncellas,
Que no ofenden al hombre que enamoran,
Sino le rinden y despues le adoran.

XXII.

Sentí el impulso que los orbes rige
Y recorrer sus órbitas les hace,
Y la inmutable ley que les dirige,
Y la fuente inmortal de donde nace

La rienda que sus ímpetus corrige,
El destino que en polvo les deshace,
Atravesando hasta el confin extremo
Donde se oculta el Creador Supremo.

XXIII.

Como sigue á pacífico venado
Del agrio matorral por la espesura
El sabueso feroz, que ya agarrado
Tenerlo en sus colmillos se figura,
Y por morder su cuello delicado
Al aire dá terrible mordedura,
Sus blancos dientes rechinando chocan
Y espumarajos de ira le sofocan;

XXIV.

Gana terreno la acosada presa
Por las malezas del pendiente risco,
Llena de gozo al contemplar ilesa
La piel sedosa que escapó al mordisco;
El labrador le hostiga más aprieta
Transformado en rabioso basilisco,
Hasta que al fin se rinde jadeante
Y su enemigo respiró triunfante;

XXV.

Con furia igual y con mayor empeño
Tras de mi objeto en proseguir me afano,
Y en las quimeras de mi vago sueño
Creo agotar el insondable arcano;
Ya pienso ser de sus misterios dueño
Ya tocar lo infinito con la mano;
Mas ¡ay! al alcanzarlo mi corage
Me hallé como al principio de mi viaje.

CANTO TERCERO.

XXVI.

Ebrio, desatinado, medio loco,
Olas de espuma como el mar vomito;
De horrendo cráter en los bordes toco,
Y en su boca me arrojo y precipito;
Contra un peñasco calcinado choco,
Que me rechaza á un suelo de granito,
Y al golpe que los huesos me tortura
Conseguí despertar de mi locura.

XXVII.

Y allá á la sombra de ramoso techo
Que el olmo, cual tupido velo, extiende
Contrario al sol, sobre apacible lecho
Que en perfumes arábigos trasciende
De florecillas y de hierbas hecho,
El despertar del alma me sorprende;
Así como despierta vano ruido
A la doliente tórtola en su nido.

XXVIII.

Y ante el eden de goces y delicias
Que á mis ojos entónces desplegaste,
Y al süave rumor de las caricias
Con que mi angustia pertinaz secaste;
Comprendí las solemnes injusticias
Que por mi causa, ¡oh tierra! devoraste
Cuando llegué con ira á aborrecerte
Cual mansion del dolor y de la muerte.

XXIX.

La ola del mar solícita te besa,
La ráfaga del sol te fecundiza,
El viento nunca de orearte cesa,
La flor con sus caprichos te tapiza,
Por tu atraccion vencido se confiesa
El rayo que las nubes electriza;
Sólo el génio titánico del hombre
Osó ultrajarte y maldecir tu nombre.

XXX.

Sólo él pudo tan bárbaro estravío
En su alma alimentar y orgullo tanto,
Nuevo Luzbel que se rebela impío
En las simas del reino del espanto;
Babel que aguza su inesperto brio
Para escalar el cielo sacrosanto,
Y quiebra con horrisono hundimiento
Su torre construida sobre el viento.

XXXI.

No receles ¡oh Tierra! que un instante
Pretende mi mirada codiciosa
Ese cielo escalar, que huye delante
Del audáz pensamiento que le acosa;
Sólo á tí vuelvo el corazon amante,
Sólo tú me mereces por esposa,
Para gozar en repetidos lazos
Yo tus besos de amor, tú mis abrazos.

XXXII.

Y pues la cuna de mi infancia fuiste,
Y ahora me sirves de fugáz posada,
Cuando la edad de los achaques triste
Cierre mis ojos con su mano helada,
Por ese amor que siempre me tuviste
Que no amenguó mi ingratitud en nada,
Confío en que he de hallar en tu ternura
Eterna y reposada sepultura.

XXXIII.

Pues todo al fin acaba su carrera;
La hoja en las alas sùtiles del viento,
La onda quejumbrosa en la ribera,
La estrella en el sombrío firmamento,
En la niebla la luz, la pasajera
Nube, en las gotas del turbion violento,
El eco de la voz en las montañas,
Y el hombre, ¡oh! sólo el hombre en tus entrañas:

XXXIV.

¡Ah! Quiero suspenderme en tu regazo,
Como á los pechos de su madre el niño;
Y estrechar más y más el fuerte lazo
Con que tu seno fecundante ciño;
No me rehuses el postrer abrazo
Que por piedad te exige mi cariño;
Que el corazon sus fibras desgarrára
Si tu postrer abrazo le faltára.

XXXV.

Y así que goce del descanso pío
Que hallar al fin de mi camino espero,
Como el húmedo brazo de hondo rio
Que queda en el remanso prisionero,
No consientas brotar ciprés sombrío
A mi lado, ni sauce lastimero;
Que el lecho de la paz y de la calma
No es tumba de terror para mi alma.

XXXVI.

Y si alguno á mi estancia se aproxima
A través de malezas y de abrojos,
Y pensativo se recuesta encima
Del polvo que aprisiona mis despojos,
Dile que no solloce, que no gima,
Que no enturbie con lágrimas sus ojos,
No sea que su llanto me despierte
Del delicioso sueño de la muerte.

GERMAN SALINAS,

Zaragoza 8 Agosto 1879.

Zaragoza: Imprenta del Hospicio Provincial.